

2

SELVA

CDD 308.814861

POR

DIEGO URIBE,

1867-1921

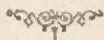
1895

BOGOTÁ

PAPELERÍA DE SAMPER MATIZ

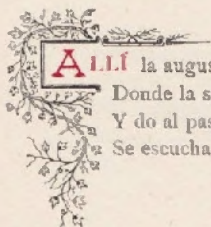


A MI PADRE





SELVA

I



Allí la augusta selva, donde el misterio reina,
Donde la sombra mora, donde el mirar se pierde,
Y do al pasar el viento, que los ramajes peina,
Se escucha el concertante de su follaje verde.



Do de la torva fiera el alarido rima
Con el arrullo tierno que el pajarillo lanza,
Y el trueno del torrente que baja de la cima
Con el rodar de fuente que perezosa avanza.





Donde el reptil rastrero que habita la floresta,
A la juntura estrecha del peñascal se amolda,
Y hasta alcanzar del monte la dentellada cresta
Se extiende de bejucos entretejida tolda.

Y las tupidas ramas á los calientes nidos
Seguro abrigo ofrecen, cual maternal regazo,
Y donde hasta las nubes se elevan confundidos
Los troncos y las lianas en secular abrazo.

Do exuberante vida de siglos se derrumba,
Al desplomarse el tronco yá carcomido y seco;
Y donde va el quejido, que al descender, retumba,
Cual triste de *profundis* repercutiendo el eco.









En donde de sus cerros en los torcidos nudos
Cubiertas por el musgo, verdosas, nos enseña
De los pasados siglos, como testigos mudos,
Las escarpadas moles de la cancosa peña.

Do cubren las neblinas, con blanquecina nube,
Las crestas de los montes, que airosos se levantan,
Y hendiendo los espacios, hacia los cielos sube,
El trino de las aves que entre su nido cantan.

Y en la tranquila noche se calla todo acento,
Y todo duerme, y vive la sombra en la caverna,
Y escúchase tan sólo pasar, silbando, el viento,
Y la canción del agua, monótona y eterna.

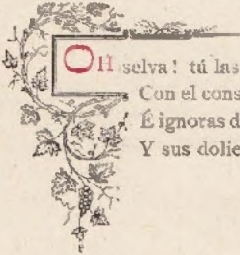




Y en donde por los aires ascienden confundidos,
Cuando el poniente luce sus transparencias rojas,
El grito de las fieras, el canto de los nidos,
El ruido de las aguas y el himno de las hojas.





II



Oh selva! tú las horas de tu existencia llenas
Con el consorcio puro de aromas y de cantos,
É ignoras de los hombres las punzadoras penas,
Y sus dolientes quejas y sus amargos llantos!



Oh selva! á ti no llegan ni en tu ámbito se escucha
De la pasión el grito, tiránico y rugiente,
Ni los confusos ecos de fratricida lucha,
Ni el ay! que triste lanza la humanidad doliente!





Ni escuchas en palacio, donde la luz fulgura,
Las notas de la orquesta, las voces de alegría,
Que son el triste *requiem* de la infeliz criatura
Que muere de la calle sobre la losa fría.

Ni abrigas esos seres que solos y perdidos
Alientan en el mundo sin dicha ni fortuna,
Ni sienten tibios besos que acallen sus gemidos,
Ni escuchan los maternos cantares en la cuna.

Ni sabes de esas celdas estrechas y sombrías
Do solos y abrumados por su conciencia gimen,
Con el recuerdo vivo de sus oscuros días,
Los hijos de la sombra, las víctimas del crimen!









É ignoras que el azote de la locura existe,
Y hay seres en que impera fatídica y tirana,
De cuyos labios brota, profundo, sordo y triste
El diapasón doliente de la miseria humana.

Ni ocultas en tu seno la envidia que se adhiere
Como áspid venenoso y el corazón acabe,
Ni la traidora mano que entre la sombra hiere,
Ni de la vil calumnia la ponzoñosa baba!

Ni tienes los cobardes que la desgracia insultan,
Ni escuchas de los ruines el degradante coro,
Ni tienes esos hombres que con cinismo ocultan
La mancha del delito, con el fulgor del oro!







Ni tú eres la guarida del matador hastío,
Ni de la ruin venganza, ni del orgullo ciego,
Ni del terror conoces el penetrante frío,
Ni de las locas iras el indomable fuego! . . . :

Callé, porque en la falda de la tendida loma
Miré feroz milano volar sobre los nidos,
Y luégo entre las garras llevar una paloma,
Poblando los espacios de plumas y gemidos.

Y allá sobre la cresta de la montaña erguida
Que con sus rayos doran las luces del poniente,
Miré espantada cierva que huyendo perseguida
Rodó de la alta cumbre por la áspera pendiente.



Y vi la tigre hirsuta que hambrienta y anhelante
Cayó sobre la cierva en las tupidas hojas,
Y así que hubo rasgado la carne palpitante,
Bebió la sangre tibia de sus entrañas rojas.

Se oyeron en la selva lamentos y rugidos,
El suelo dejó tinto la víctima inocente,
Cantaron impasibles las aves en sus nidos,
Y el sol siguió tranquilo su marcha al occidente! . . .

Oh selva majestuosa! ¿Las mismas leyes rigen
Tu misterioso seno donde el rugir se escucha,
Las mismas desventuras tu soledad afligen,
La misma eterna guerra, la misma eterna lucha?